

LA PRÁCTICA

Para la naturaleza de los sistemas políticos es tan decisiva la teoría incorporada a la ley constitucional, como la práctica que la traduce en experiencia. Las dos ideas matrices de la Ruptura, la teoría de la democracia y la acción para construirla en la Sociedad, antes de constituirla en el Estado, eran inseparables. El poder reformista, a causa de sus orígenes dictatoriales o clandestinos, no era de carácter democrático y, por seguir el modelo teórico del Estado de partidos, constituyó una oligarquía.

La letra de la Constitución no responde a los tres principios de la democracia: separación de poderes, directa elección popular del Poder Ejecutivo y del Legislativo, y efectiva representación de los electores.

Y lo constituido corresponde a la teoría de la oligarquía de partidos en un oligopolio de poder estatal. Con ingenuidad, Izquierda Unida cree que la ficción de considerar a este sistema «como si» fuera la democracia, que es la finalidad de su propaganda ideológica, permite acercar la práctica política de la Transición al espíritu de la democracia. Esta ilusión nace de la confusión cultural, introducida por G. Lukacs y dignificada por Von Mises, entre práctica y «praxis» o «praxis» y acción.

Sin libertad de creación, la práctica política exagera—por medio de reglas de experiencia de grupo que pueden ser violadas sin sanción moral o jurídica—, el rasgo dominante en la teoría del poder que aplica. En todo sistema ideológico, la práctica siempre es más papista que el papa. Las reglas prácticas no se separan de la teoría para criticarla; evitando sus rigideces o colmando sus imprecisiones, sino para sobrepasarla o trascenderla en lo que tiene de más característico.

La práctica política no acrece la eficacia de la acción, como en la práctica laboral. Más bien tiende a disminuirla. Su misión es crear inercias o rutinas que aseguren el orden teórico del sistema que desarrolla.

La práctica del poder en la escala jerárquica no contradice, sino que aumenta a medida que desciende, los defectos teóricos del sistema. La práctica es más tiránica, discriminatoria y demagógica que las teorías de la Dictadura o la Oligarquía que somete a experiencia. Quien participa en la práctica de una teoría política, sea con ánimo abusivo o regeneracionista, al degenerarla como principio teórico de la acción, la está en realidad defendiendo. La reforma desde dentro desconoce esta ley de la experiencia.

Entendida como algo distinto de la acción, pues de otro modo sobraría la palabra en los idiomas vivos, la «praxis» es otra cosa de mayor trascendencia para la teoría. Pues no puede existir donde no hay una acción creadora, es decir, libertad de acción.

En su origen, la «praxis» no designaba cualquier acción, sino la que llevaba a ca-



bo algo. Especialmente, de sentido moral.

En la terminología marxista, tampoco es un sinónimo de acción. Sólo se refiere, al conjunto de acciones dotadas de propia razón, capaces de fundar y

fundir la teoría en esa «razón dialéctica» de las cosas sociales. La Ruptura era una «praxis» de la sociedad civil. La Reforma, una práctica del Estado. Aunque el marxismo sea una «filosofía de la praxis» (Gramsci), no ha podido dar fundamento a una teoría normativa de la acción que sustituyera a la ética.

El propio inventor de la «praxiología», que no fue Von Mises sino el polaco Kotarbinski, dijo que su ciencia de la acción eficaz, las «proposiciones praxiológicas» para aumentar la eficiencia y los «valores praxiológicos», eran instrumentos de la propaganda del sistema socialista.

En este sentido, también la práctica política y cultural en España obedece a una regla de propaganda: hacer que parezca democrático lo que, en forma y sustancia, es oligárquico. La práctica democrática de una teoría oligárquica es imposible.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA CRISIS DE LA IMAGINACIÓN

No sólo padecemos crisis económicas y políticas, o de valores éticos, también nuestro mundo está azotado por otras crisis más sutiles pero no menos inquietantes, como aquella que se refiere a nuestro mundo imaginativo. Es la imaginación una facultad decisiva en la vida humana. Clásicamente nos hemos autodefinido los humanos como animales racionales. Pero, además de muchas otras cosas, concierne a nuestra capacidad técnica o a la dirección de nuestra vida como un proyecto personal, somos animales fantásticos o imaginativos. Productores de un mundo que sobreponemos al empíricamente dado, y ensimismados, como decía Ortega, en el goce y la contemplación de este mundo interior. El análisis del mundo imaginario de una cultura nos abre perspectivas decisivas para su comprensión y valoración. Y semejante facultad tan hondamente humana es una de las víctimas maltratadas por nuestro tiempo. Un indicador más de la pobreza humana de nuestra actual civilización.

No sólo de su empobrecimiento, sino de su deslizamiento hacia la degradación. ¿Qué nos ofrece el horizonte imaginativo ante el cual se sitúan la mayoría de los seres humanos de nuestra época? Contemplemos la pan-



talla que ha se ha convertido en la leche nutritiva de nuestra puerilizada imaginación. Pronto se llena de borbotones de sangre y de explosiones, de disparos, de coches que se persiguen y saltan por los aires. De rostros de asesinos en serie y de policías que los persiguen. Apenas quedan ya rastros de la novela policíaca cuyo nudo era un misterio capaz de poner en marcha nuestras dotes adivinatorias. Otras veces el papel del perverso se materializa en terroristas del Tercer Mundo, en espías y agentes revolucionarios, combatidos por los muchachos de la CIA y el FBI. Y no olvidemos la imagen de la lesbiana asesina, morosamente repetida por la programación patriarcal. Todo ello combinado con el espectáculo de catástrofes naturales.

Pero, cuando la fantasía productiva aspira a llevarnos más allá, nos invita a regresar al mundo de los dinosaurios, Y, más frecuentemente, pretende estremecernos con terrores ante invasiones extraterrestres. O hacemos vivir luchas en el espacio entre civilizaciones que tratan de destruirse. El signo de la oposición entre amigo y enemigo, tan útil para domesticar las conciencias y asentar el poder establecido, salta a la representación de las humanidades habitantes de planetas lejanos. ¿Por qué no hemos de imaginarlos poblados por seres sabios y benéficos que nos aportan las fórmulas para poner orden justo en nuestro desbaratado mundo? Sólo el popular ET encarnó un extraterrestre bondadoso y lleno de ternura. Habitualmente son otras las figuras que desfilan en este espectáculo. En muy señalado lugar robots dotados de los máximos poderes, a veces simpáticos y serviciales con su amable voz mecánica. Otras desplegados en inmensos ejércitos de una guerra que combina rayos láser y espadas medievales. Recordemos a Wiener, cuando criticaba la figura del ciudadano que traslada sus decisiones a la máquina. En esta ocasión traslada a la técnica una fantasía de la cual han huido los viejos ángeles y demonios, los faunos, las sirenas y los centauros, para desembarcar sobre una degradada, grotesca, visión de la técnica.

Y, cuando se quiere imaginar los pobladores vivos, no mecánicos, de estos mundos aparecen con frecuencia figuras monstruosas. La incapacidad para crear anatomías originales y bellas allende la experiencia, se refugia en la deformación. Y el culto al monstruo llena una parte importante del actual mundo imaginario, en extraño contraste con la proliferación de industrias de la belleza y gimnasios que nos prometen una hermosa figura. Llega a los mismos juguetes con que se solazan nuestros niños. Una amiga me contaba el asombro que le producía la ternura con que una niña de corta edad acariciaba el monstruo de plástico que llevaba en brazos.

¿Por qué nos hemos hundido en esta miseria imaginativa? Es, sin duda, muy coherente con el reinado del «pensamiento único», negador de todo esfuerzo que trate de trascender lo inmediato y abrir nuevos horizontes. En todo caso, aquí se descubre una amplia problemática e invito al lector a que me acompañe en nuevas reflexiones.

Carlos PARÍS

A LA CAZA DE «TXAPOTE»

La captura de Ivon Muñúa, miembro del grupo «legal» de apoyo al «comando Donosti» cuando éste secuestró y asesinó a Miguel Ángel Blanco, habría pasado inadvertida de no haber servido para aportar pruebas decisivas sobre esa acción criminal, que conmovió a toda la sociedad española. La sospecha de que el «Donosti» estaba formado por García Gaztelu «Txapote», el suicida Geresta e Izaskun Ruiz, de la que informó en su día el hoy subdirector de LA RAZÓN, Jesús María Zuloaga, se ha confirmado. El autor material del asesinato fue, previsiblemente, «Txapote», ya que la pistola calibre 22 con la que se asesinó a Blanco es del tipo que utiliza el que

ahora está considerado como uno de los principales cabecillas de la banda terrorista. «Txapote» tiene en su currículum sangriento el asesinato del socialista Fernando Múgica Herzog, hermano del actual Defensor del Pueblo. Tras el terrorista está, lógicamente, la policía española, pero parece ser que no es el único cuerpo de seguridad que le busca con ahínco. Dicen los conocedores de la lucha antiterrorista que el Mossad, el servicio secreto israelí, está muy interesado en dar con el peligroso delincuente. Porque no olvida que Múgica era judío, y la solidaridad internacional es, entre éstos, proverbial.

Juan BRAVO

